

ron la espalda para dirigirse á sus capitales respectivas.

En cuanto caminaron una legua el conde de Lagardère presentó sus homenajes á la Infantita y se despidió del Príncipe.

—Su Alteza Real—le dijo éste—me previno, en efecto, que os separaríais de nosotros. Aunque desconozco las razones de ese viaje, no dudo que en él habéis de conquistar nuevos laureles; y si bien lamento mucho privarme de vuestra compañía, me complazco en deseáros éxito feliz y buena suerte.

Enrique le dió efusivas gracias, estrechó la mano de los demás caballeros y partió al galope. Cuando desapareció á la vista de la escolta exclamó:

—¡Ahora nosotros dos, Gonzagal ¡Dentro de algunos días, desterrado de la corte de España, te encontrarás conmigo, y tu frente chocará con la punta de mi acero! ¡Así, esta tierra en que tanto padecí por tu causa beberá tu sangre hasta la última gota! ¡Ha llegado la hora suprema! ¡Felipe de Mantúa! ¡Guay de ti!

### Sulkhan, el turco de las siluetas.

Mademoiselle de Montpensier halló ante los muros de Madrid crecida muchedumbre que la aguardaba. Las puertas, recientemente cerradas, se abrieron de par en par para dar paso al príncipe don Luis, que acudía á recibir á su novia con lucido cortejo de grandes damas y encumbrados caballeros vestidos de gala.

El suelo estaba alfombrado de flores y césped desde un cuarto de legua antes de llegar á las puertas de la villa, y lo mismo las calles por donde debía pasar la espléndida comitiva. Todos contemplaban á la princesa de Orleans, cuyo matrimonio con el heredero de la corona se había concertado á raíz de la guerra, y que entraba en Madrid con el ramo de oliva, símbolo de la paz.

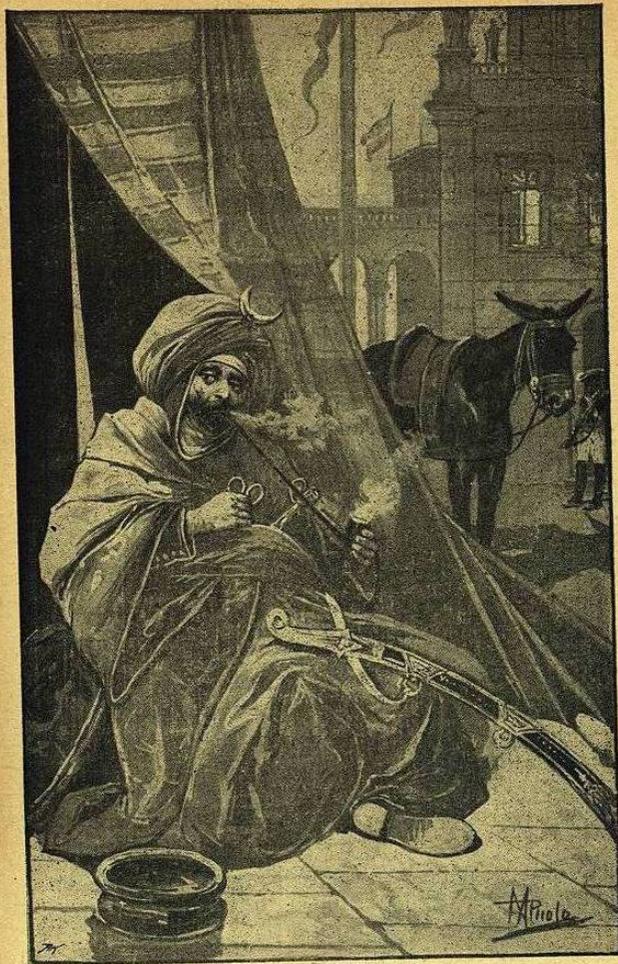
Creemos innecesario describir minuciosamente las ceremonias de la presentación de los futuros esposos, ceremonias en las cuales el pueblo se interesó al principio mucho más que en un extraño personaje que se había colocado detrás de la carroza como si formase parte de cortejo.

Era raro en verdad. Cubierto por dos ó tres albornos superpuestos, envuelta la cabeza en ancho turbante del cual se destacaba una media luna dorada, casi no podía verse de su rostro más que la nariz y los ojos; montaba una mula tísica, empuñaba en la diestra una lanza con banderola verde, colgaba de su cinto una ancha cimitarra de forma original; y á guisa de pistolas, varias tijeras de diferentes tamaños. Bajo el brazo izquierdo llevaba un voluminoso rollo de papel negro. De su silla no pendían estribos: sus pies, calzados con babuchas rojas, colgaban á ambos lados de la calgadura.

Trotando á una docena de pasos detras de la carroza, el populacho no hizo alto en él hasta que pasó el carruaje. Entonces comenzaron las ovaciones al inesperado turco, que todos tomaron por un nigromántico del séquito de la Pirnesita.

Nada parecía conmover á aquel digno islamita, que con gesto majestuoso, casi pastoral, apartaba á todos los que querían acercarse demasiado á su mula; los apartaba con movimientos de lanza manejada á la manera de una cruz episcopal.

Así, sin ser interrogado ni molestado recorrió tras el cortejo las principales calles madrileñas y penetró hasta el patio de honor del



Sentóse á manera de su país, cargó su pipa...

Alcázar, participando de todos los honores hechos por la guardia á la comitiva. Una vez allí, sin preocuparse de la recepción hecha por los Reyes á la princesa de Orleans, dirigióse sin vacilación á un extremo del patio, descabalgó, hincó la lanza entre dos losas del pavimento, y ató la mula á aquel improvisado poste.

Luego, lentamente, metódicamente, como acostumbrado á la majestuosa tranquilidad del desierto, alzó una tienda que llevaba arrollada á la grupa de su cabalgadura, y la coronó con la media luna que la colocaba bajo la protección del Gran Señor. Hecho esto se sentó cruzando las piernas á usanza de su país, cargó la pipa, y colocó sobre el tabaco un pedazo de yesca encendida.

Bajo sus albornoces adivinabase una jiba enorme; pero su modo de andar indicaba que su deformidad sólo consistía en el encorvamiento de la espina dorsal.

Así permaneció como amodorrado durante una hora, sin que nadie se dignase hacer caso de él.

Mientras tanto la de Orleans había tomado posesión de sus habitaciones, y muchas damas y caballeros comenzaron á retirarse. Varios de ellos lanzaban al pasar miradas curiosas á tan extraño personaje. No tar-

dó mucho en formarse un círculo, de señoras principalmente, y un oficial de alabarderos creyó de su deber preguntarle qué hacía allí.

Por toda respuesta recibió una bocanada de aromático humo y una especie de gruñido intraducible. Inmediatamente, sacando de su cinturón las tijeras de mayor tamaño, cogió un pedazo de papel rollado y se puso á recortar con maravillosa destreza la silueta del oficial y se la presentó, paseando por los espectadores una mirada en alto grado impertinente.

El papel pasó de mano en mano, y como era una admirable caricatura del oficial de alabarderos, su examen provocó risas y elogios. El militar mismo rió de buena gana. Varias damas pidieron la suya, y el turco las complació sin hacerse rogar; pero en vez de contentarse con el perfil, echando mano de sus tijeras más pequeñas, marcó encajes y volantes, y hasta los pliegues de los vestidos, explicando por señas, pues parecía no conocer el español (ó quizás era mudo), que poniendo tras aquellas siluetas una luz la sombra proyectada en la pared causaría un efecto maravilloso.

Cinco ó seis damas se llevaron sus caricaturas, no sin haber gratificado al artista con monedas de plata, que él guardaba desdeñosamente en sus bolsillos.

Desde una ventana del Alcázar Felipe V, vió el grupo y preguntó qué hacía allí. Explicáronle las habilidades del turco, añadiendo que formaba parte del cortejo de la princesa de Orleans. Llegó ésta, é interrogada por su futuro suegro, afirmó no conocer al extraño personaje. Picada con tal respuesta la curiosidad del Monarca, quiso descifrar el misterio, y fuése hacia el islamita seguido de la Reina y de los Príncipes, sin que el misterioso oriental se dignase separar de los labios la boquilla de su pipa, ni levantarse para recibirlos.

Tal impertinencia probaba elocuentemente que desconocía los usos de la corte y, por consiguiente, que no pertenecía al séquito de la hija del Regente de Francia.

Cuando le hicieron comprender quiénes eran las augustas personas hizo una reverencia y comenzó á recortar papel, entregando á cada uno su silueta caricaturesca, sin favorecerlas lo más mínimo ni contestar á la multitud de preguntas que se le hicieron, de donde coligieron que era mudo.

Todo lo que de él pudieron obtener fué que escribiese con el dedo en el suelo su nombre, que era Sulkham; pero aunque comprendía cuanto le decían, no quiso escribir más.

—¡Pardiez!—exclamó el Rey.—¡Es un tipo original, y aunque no nos lo envíe nuestro pri-

mo Felipe, no por eso nos felicitamos menos de su venida! Será una diversión más en estas fiestas. Que lleven su mula á las caballerizas, pues me parece que buena falta le hace á la pobre un buen pienso.

Sulkham se inclinó y acarició el hocico al animal, como si con aquella mímica indicara que aceptaba.

—En cuanto á él, que le den de comer y que le dejen vagar á su antojo dentro y fuera del Alcázar.

Al enterarse el turco de que le destinaban una habitación en Palacio señaló á su tienda coronada por la media luna, y comunicó con expresivos ademanes que deseaba permanecer allí.

—Como quieras—dijo bondadosamente Felipe V.—Pero te concedemos nuestra protección, y esta noche te haremos conducir al salón para que nos des á conocer tus talentos.

En cuanto los Soberanos se retiraron, el turco, sin hacer caso de las solicitudes de los cortesanos, se deslizó en su tienda, y en ella se estuvo como el caracol en su concha hasta que los criados le llevaron la comida, que devoró tranquilamente y con el mejor apetito, sentado en el suelo y haciendo caso omiso de los curiosos que acudieron á ver cómo comía el musulmán. Todo lo que pudieron deducir al verlé

hincar el diente á los manjares y arrebañar los platos fué que parecía como si no hubiera comido hacía veinticuatro horas, lo cual quizás era exacto.

Cuando le presentaron una botella de Jerez pareció titubear, como si dudara entre cumplir los preceptos de su religión y la tentación de probar el dorado néctar; pero sin duda reflexionó que no todos los días podría gustar un islamita vino como aquél ofrecido por Su Majestad Católica, y encogiéndose ligeramente de hombros con un gesto de resignación probó el licor, se relamió los labios manifestando su agrado, y vació la botella de un trago.

Este rasgo le valió la admiración de los circunstantes, cosa que pareció tenerle sin cuidado; se envolvió en su albornoz, encendió su pipa y fumó con delectación, soñando y mirando al cielo. El aromático humo fué nuevo motivo de curiosidad, pues el tabaco era muy poco usado en España, y en Francia apenas si empezaban á gastarlo en polvo. Indudablemente al turco le parecía delicioso, á juzgar por la beatitud con que contemplaba las azuladas espirales.

Desde el sitio donde estaba sentado podía verse el regio comedor. Los Reyes, los Príncipes é innumerables personajes entraron y se sentaron en torno de la suntuosa mesa. El

musulmán parecía muy admirado, y contemplaba uno por uno á los nobles invitados; uno de ellos sobre todo llamó su atención pues estuvo contemplándole un buen rato.

Él había despachado en diez minutos cuantas viandas le sirvieron; pero en la mesa real iban más despacio, pues hacía ya bastante que las estrellas brillaban en el firmamento, y aún se oía el ruido argentino de la vajilla y el tintineo de las copas al brindar por los reyes de Francia y de España, por la Reina, por el príncipe don Luis y por su prometida esposa, así como por los demás miembros de la Real Familia hispánica.

En la corte de Madrid no se entregaban ostensiblemente á la orgía como en la de París; y si Felipe V no era menos disoluto que Felipe de Orleans, á lo menos se entregaba secretamente á los excesos. Isabel de Farnesio no permitía bromas sobre este punto, y en realidad su marido sólo era el amo en la mesa y ante el pueblo: por eso con franca alegría se desquitaba de su domesticidad fuera de allí. Por eso también para divertirse y divertir un poco poco á la reunión, se acordó de pronto del turco y mandó que fuesen á buscarle.

Al recibir la orden Surkham sacudió lentamente la ceniza de su larga pipa, se aseguró de que no le faltaban sus tijeras, plantó su lanza

TOMO I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

ante la tienda como para prohibir la entrada á todos, se puso bajo el brazo el rollo de papel, y golpeándose las piernas con la cimitarra siguió al paje y penetró en el comedor, provocando su llegada la hilaridad de los comensales.

Con toda serenidad paseó su mirada por la mesa, en la cual aún estaban servidos los postres, y acercándose á Felipe de Mantua, cogió un pastelillo de su plato y se lo engulló de un bocado, haciendo señas de que le diesen de beber. Llenáronle una copa; pero él se encogió de hombros, y apoderándose de una botella, la vació de un trago. El príncipe de Gonzaga frunció el ceño y le miró con desdén, ira y recelo; le asaltó el recuerdo de otro jorobado que bebía del mismo modo y del cual no tenía la mejor memoria.

Pero al ver que el musulmán repetía la suerte, con gran alegría de los comensales, metiendo la mano en varios platos, examinó más atentamente á Sulkham, y tranquilizado pensó:

—¡Estoy soñando! Entre aquél y éste sólo hay de común la joroba, y no faltan jorobados en el mundo. Aquél era más alto; éste además cojea y es mudo: sobre todo no tiene la mirada excrutadora de aquél ni... ¿Y en qué cabeza cabe que en vez de quedarse en París custodiando á su novia se venga á Madrid, don-

de soy todopoderoso, para caer en mis garras?

En efecto; madame de Soubise, tenía orden de no entregar al Rey la carta del Regente hasta que se hubiera celebrado el matrimonio de los Principes, para no turbar las fiestas y hacer á Gonzaga más sensible su desgracia.

Mientras meditaba Felipe de Mantua, el turco, izándose penosamente en una silla, recortaba la silueta de la princesita de Montpensier, y en cuanto terminó se la presentó, interponiéndola entre la hija del Regente y un candabro. Fué un grito general de admiración: tan admirablemente hecha estaba.

Madame de Ventadour hizo observar que la silueta causaría mucho mejor efecto recordada en satén negro y envolviéndola en una ligera y trasparente gasa de color claro. Sulkham aprobó, y mientras iban en busca de lo necesario para hacer algo se puso á comer frioleras picoteando en varios platos, y apuró otra botella. Felipe V soltó la carcajada, y los cortesanos le imitaron.

El Rey prescindía de toda etiqueta á los postres de toda comida en que no tomaban parte más que los miembros de su familia y los altos dignatarios de Palacio; así, uno de aquellos palatinos se atrevió á decir:

—¡Este perillán ha debido de ver muchos países y cosas raras!

—Sería curioso oír su relato—añadió un segundo.

—¡Cuenta, cuenta, Esopo!—exclamó un tercero.—Estoy tentado á creer que te burlas de nosotros.

El turco abrió la boca y mostró en el fondo la lengua replegada y como paralizada. Gonzaga, que se había estremecido al oír el nombre de Esopo, quiso convencerse y se adelantó para examinarle.

—Es cierto; Esopo es efectivamente mudo. ¡Qué lástima!

Pero el jorobado mostró á las damas con gesto expresivo que equivalía á decir:

—¡Bah! ¡Sobran lenguas para que se note la falta de una!

En cuanto estuvo en posesión del satén prosiguió su trabajo, y todos tuvieron su silueta. Se observó que trataba de favorecer á las damas, pero no á los caballeros, y más de un Grande de España reprimió una mueca de desagrado al verse caricaturizado por el musulmán. Sin embargo, todos parecían regocijarse por temor á los epigramáticos comentarios que hubiera producido su despecho al exteriorizarse.

Fué excelente la idea de madame Venta-

dour, é hizo fortuna: quince días después no había en Madrid bastantes cuadros para poner las siluetas de todos los que quisieron tener la suya recortada por el jorobado islamita.

Aquella primera noche hizo el retrato de todos los comensales regios. Azar ó premeditación, reservó para lo último á Felipe de Mantua, que no parecía muy entusiasmado con su arte. Por fin consintió en dejarse hacer la silueta; pero el musulmán empleó en retocarla triple tiempo que en las demás. Quizás había abusado del vino, contra el cual pone en guardia á los verdaderos creyentes el Corán, pues después de dar un sin fin de vueltas á la tela y usar todas sus tijeras, un corte en falso hizo aparecer bajo la gasa, que precisamente era roja, un agujero en la frente del Príncipe.

—El turco ha bebido demasiado, y ya no tiene el pulso firme—dijo alguien.

Y como para darle la razón, el jorobado parpadeaba cual si le rindiera el sueño. El mismo Gonzaga creyó que el islamita estaba materialmente durmiéndose.

—¡Vete á dormir, Sulkham—dijo el Rey benévolamente,—y duerme bien! Si te pagan en lo que vale tu habilidad, vas á hacer fortuna en Madrid.

Dos sirvientes le ayudaron á bajar de la silla á que se había encaramado, y se marchó con pasos bastante inseguros.

Pero en cuanto se vió en su tienda desapareció la embriaguez como por encanto. Aposatóse en lugar conveniente, y merced á una pequeña abertura vió salir á los palaciegos uno á uno, fijando en Felipe de Mantua una mirada de odio.

Tenía para ello razones especiales. El jorobado del palacio de Gonzaga había tomado nueva forma. ¡Tanto peor para el que no supo reconocerle! Porque á pesar de su lengua encogida y replegada en el fondo de la boca, el musulmán no era mudo..., ni musulmán.

Sulkham el turco, el hombre de las siluetas, no era otro que el conde Enrique de Lagardère.

## XIII

## ¡Sus al turco!

Al día siguiente sólo se hablaba en Madrid de las siluetas del turco, y los que tenían la suerte de poseer la suya veíanse obligados á enseñarla á todos sus conocidos, curiosos de cerciorarse del hecho. Los hidalgos y los burgueses sentían con tal motivo más que nunca no tener acceso á la corte, y hubiesen hecho de un diablo dos por conseguir ser retratados en el Alcázar. Muchos se olvidaron de dormir la siesta y acudieron á los alrededores de Palacio; otros, nobles que tenían entrada, fueron también para conocer al musulmán de las tijeras. Pero todos se llevaron gran chasco al saber que cuando acabó de comer, dejando sus tijeras en su tienda y armado de su lanza y su cimitarra, Sulkam se había ido á visitar la población vagando por sus calles.

En efecto; nuestro hombre iba de una parte á otra como quien visita por primera vez una población. Inútil es decir que su aspecto original y extraño le atrajo un séquito numeroso. Una legión de chiquillos y desocupados iban tras él á honesta distancia: los primeros, por